

CAPÍTULO OCTAVO

CARL CHRISTIAN SARTORIUS Y SU COMPRENSIÓN DEL INDIO DENTRO DEL CUADRO SOCIAL MEXICANO

José Enrique COVARRUBIAS*

SUMARIO: I. *Un inconforme político emigrado a México.* II. *Los principales retos históricos de México, según Sartorius.* III. *El indio, su carácter y sociabilidad, dentro del cuadro social mexicano.*

I. UN INCONFORME POLÍTICO EMIGRADO A MÉXICO

Carl Christian Sartorius nació en Grundershausen, en el estado alemán de Hessen-Darmstadt, en 1796.¹ Dos circunstancias marcan la historia de este estado durante la primera mitad del siglo XIX, ambas con repercusiones en la vida de nuestro personaje. La primera es el pauperismo que asoló a buena parte de la población campesina, tan abundante en esa zona. La segunda consistió en la creciente emigración hacia el extranjero, entre otras razones por esa extendida miseria campesina. Carl Christian emigró a México y llevó ahí la vida independiente e individualista que cada vez era más difícil en su país natal, en su caso como hombre dedicado a la agricultura.

Hijo de un pastor protestante y criado por tanto en una clase media más o menos acomodada, Sartorius estudió derecho y filología en la universidad de Giessen con el objeto de convertirse en docente. Las circunstancias, sin embargo, dictaron que no pudiera realizar esta meta. Carl

* Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1 Sobre la vida de Sartorius: Pferdekamp, Wilhelm, *Auf Humboldts Spuren. Deutsche im jungen México*, München, Max Huber Verlag, 1958, pp. 153-172, así como Scharer, Beatriz, *La hacienda "El Mirador". Historia de un emigrante*, México, tesis de licenciatura en antropología social presentada en la Universidad Autónoma de México, 1980, y Mentz de Boege, Brígida M. von, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1982, pp. 59-62. En esta bibliografía se basa el apartado biográfico presente.

Christian se involucró en el movimiento de los jóvenes alemanes descontentos con la política conservadora impuesta por Metternich, tras el Congreso de Viena, desde las altas instancias de la Confederación Germánica. Los orígenes más directos de esta protesta juvenil contra esa política estuvieron en la invasión napoleónica, que alimentó una fuerte reacción nacionalista en gran parte del territorio alemán. Inspirados en las ideas del escritor E. M. Arndt, muchos estudiantes y docentes alemanes se involucraron en actividades de corte revolucionario, como los llamados “negros de Giessen”, la asociación a que perteneció Sartorius. Las ligas estudiantiles llamadas *Burschenschaften* servían de embrión a este tipo de sociedades, organizadoras de actos patrióticos como la *Fiesta de Wartburg* (1817), reunión multitudinaria en que se practicaron ejercicios gimnásticos y se entonaron himnos nacionalistas con reminiscencias históricas. Desde luego, estos jóvenes se interesaban ya por suscitar la unificación de los estados alemanes bajo un poder único, en concreto un directorio.² Entre los amigos de Sartorius en estas andanzas políticas se encontraba Karl Follenius, a quien se recuerda como uno de los principales líderes del momento.

El régimen conservador y aristocratizante encabezado por Metternich en Viena no estuvo dispuesto a tolerar mucho las actividades de los “demagogos”, como se conocía a estos jóvenes politizados. Sartorius y Follenius fueron acusados de haber promovido una insurrección campesina en Hessen-Darmstadt, por lo que tuvieron que refugiarse en la clandestinidad. El asesinato del escritor August von Kotzebue fue también el detonante de una serie de medidas represivas por parte de Metternich. Frente a esto, los dos “negros” decidieron continuar su movimiento en ultramar. Follenius terminó en Estados Unidos como maestro en academias de jóvenes, sin gozar de ningún reconocimiento particular. Muy distinta fue la historia de Carl Christian Sartorius, quien como inmigrante en México se convirtió en una de las figuras más influyentes y prestigiosas dentro del grupo de residentes alemanes. “Don Carlos Sartorius” llegó a ser un personaje bien conocido y relacionado en el país iberoamericano.

Sartorius llegó, pues, a México hacia 1825, cuando apenas iniciaba el régimen republicano. Sobre su vida y la de los otros alemanes emigrados a este país tenemos como fuente primordial de información un cierto nú-

2 Cfr. Nipperdey, Thomas, *Deutsche Geschichte, 1800-1866. Bürgerwelt und starker Staat*, München, C. H. Beck, 1983, p. 92.

mero de cartas escritas por ellos mismos y publicadas en Alemania un siglo después por Hans Kruse (1923).³ Los esfuerzos de este grupo alemán emigrado a México se orientaron fundamentalmente al comercio y la minería, actividades que despertaban grandes esperanzas sobre un intercambio benéfico entre México y las naciones europeas. No es necesario recalcar aquí la importancia que en todo esto tuvo la gran labor de difusión de las riquezas mineras y agrícolas del país realizada por Alexander von Humboldt mediante su famoso *Ensayo*. Sin embargo, Sartorius no tardaría en dar pruebas de estar dotado de una fuerte personalidad que lo llevaba por un rumbo diferente del de la mayoría de sus compatriotas. Hacia comienzos de la década de 1830-1840, ya era dueño de la hacienda azucarera *El Mirador*, localizada en la zona de Huatusco, Veracruz, donde se esforzó por realizar los ideales de vida albergados desde su juventud rebelde, resumibles en la siguiente fórmula: “[vivir en] un círculo de amigos, en un bello lugar y con rústicas ocupaciones dictadas por la propia voluntad y no bajo la presión de la costumbre o la conveniencia”.⁴

La expresión más concreta de este plan de vida fue el decidido impulso de Sartorius a varios proyectos de formación de colonias alemanas en México. Al respecto sólo en 1834 pudo gloriarse de un éxito mediano, pues entonces logró reunir cosa de doscientos colonos en su hacienda. Por desgracia, lo que este experimento de “comunidad ideal” dejó en claro fue que la mayoría de esos inmigrantes alemanes no compartían los mismos valores que Sartorius. Más adelante se especificará cuáles eran éstos. Por lo pronto cabe señalar que hacia 1838 la empresa colonizadora daba claras muestras de decadencia, sobre todo porque muchos de los colonos habían emigrado ya a las ciudades o a otras partes en busca de actividades más redituables y menos exigentes. Sin embargo, Sartorius no claudicó en la persecución de sus ideales personales y conservó la hacienda hasta su muerte, ocurrida en 1872. Establecido ya en México, por cierto, había contraído matrimonio con la hermana de otro alemán emigrado.

Como se deja en claro en la bibliografía de base utilizada en esta breve presentación biográfica, este hacendado se convirtió en una especie de representante no oficial del grupo de alemanes establecidos en México.

3 El libro de Kruse es *Deutsche Briefe aus México, mit einer Geschichte des Deutsch-Amerikanischen Bergwerksvereins, 1824-1838. Ein Beitrag zur Geschichte des Deutschtums im Auslande*, Essen, Verlagshandlung von G. D. Baedeker, 1923. Las cartas en cuestión se presentan precedidas de la historia de la sociedad minera alemana establecida en México por esos años.

4 Pferdekamp, Wilhelm, *Auf Humboldts Spuren*, p. 157.

Ya en edad avanzada pudo conocer personalmente a Maximiliano de Habsburgo y expresarle su escepticismo sobre la viabilidad de un gobierno monárquico en su país de adopción. Una larga permanencia en México, sólo interrumpida por una estancia en Alemania entre 1848 y 1852, había permitido a Sartorius conocer muy bien a la sociedad mexicana y deducir qué tipo de régimen político se ajustaba a ella. Todos los testimonios que tenemos sobre este inmigrante hablan de un hombre recio, franco, alérgico a cualquier tipo de sensiblería o esnobismo, satisfecho de vivir en medio de una naturaleza tan pródiga y variada como la veracruzana. Esta circunstancia también le permitió realizar recorridos científicos para formar colecciones botánicas y zoológicas, algunas de las cuales envió a instituciones de Europa y Estados Unidos, como el Jardín Botánico de Berlín y el Instituto Smithsonian de Washington.

II. LOS PRINCIPALES RETOS HISTÓRICOS DE MÉXICO, SEGÚN SARTORIUS

Si fuera preciso referir todos los acontecimientos y circunstancias de México que pudieron haber influido en la visión de Sartorius, es muy probable que las páginas que hubiera que escribir bastaran para un libro. Entre el país anfitrión del joven perseguido y el que el hombre maduro dejaba al morir casi medio siglo después, se constata una larga cauda de acontecimientos. El gran número de revoluciones, crisis políticas y cambios constitucionales verificados en esos años sólo demuestra la profunda inestabilidad del periodo. Lo más pertinente es referir aquellos hechos y situaciones que de manera más visible marcaron los puntos de vista de este inmigrante, con énfasis en los aspectos más interpelantes para una personalidad como la suya.

Sin duda, tres hechos históricos determinaron la visión de México por Sartorius, tal como se puede verificar en sus propios escritos. Estos hechos son: el ascenso político de los militares, representado ejemplarmente por el general Santa Anna; el resultado de la guerra con Estados Unidos en 1847-1848; y la aparición hacia mediados de siglo de un nuevo tipo de político mexicano, en franca pugna con el de la generación previa. Veamos con detalle cada uno de estos sucesos.

Por lo que se refiere al ascenso político de los militares, resulta de primera importancia lo que Sartorius presenta en el capítulo XVII de su

libro *México hacia 1850*,⁵ dedicado precisamente a los asuntos militares del país. Mediante una fingida conversación sostenida por el autor —junto con un grupo de supuestos turistas— con un militar mexicano, el hacendado deja en claro que una de las circunstancias más trascendentes de la historia de México fueron los numerosos ascensos concedidos a los militares insurgentes tras la consecución de la Independencia. Se trataba de personas carentes de educación y no acostumbradas a la verdadera disciplina militar, situación natural en quienes habían llevado una vida fugitiva hacia la etapa final de la guerra de Independencia. El saldo de todo esto fue la ausencia de un cuerpo de oficiales de Ejército de línea capaces y conscientes de que en sus manos recaía el encargo de la seguridad y la defensa del Estado. En cuanto a las normas, éstas no se cambiaron y siguieron observándose las viejas ordenanzas españolas, nada adecuadas para los nuevos tiempos. La profesión militar adquirió, pues, un carácter de farsa, y en ésta Santa Anna ha sido el actor principal. Su estilo consiste en consolidar la propia posición mediante un generoso otorgamiento de ascensos y la creación de una especie de guardia pretoriana. Por voz del militar imaginario, el hacendado nos hace saber que fue principalmente durante la dictadura de 1841-1844 cuando el comportamiento de este general fue funesto, pues desarregló los ramos de la administración tras aumentar desmedidamente el presupuesto militar para corromper a los justos y premiar a los favoritos. A esta conducta de la oficialidad procedente de las clases altas se suma otra, igualmente censurable, de los militares de origen proletario que tratan de ascender por la vía que sea. ¿Qué ha resultado de todo esto? Que el Ejército se ha convertido en una tumoración nociva dentro del Estado y una fuente de desprestigio continuo para la vida política del país. Sartorius nos hace ver que no es ninguna casualidad que hacia 1850 las cuestiones militares estén en el centro de las discusiones en México.

La percepción de la guerra con Estados Unidos por Sartorius es de índole parecida y queda recogida en aquel mismo capítulo. También en esto muestra una gran sensibilidad frente a la situación social. Lo que le parece más significativo de esa guerra es que no haya habido un levantamiento general para estropear los planes del invasor. Ello se debe a que la población india, la mayoritaria, desconoce el sentimiento de patriotismo que se encauza por la vía militar (lo que no significa, por otra parte, que

5 Editado originalmente en Darmstadt por G. G. Lange, en 1852. Más adelante mencionaré las ediciones disponibles en español.

no ame su tierra).⁶ Pero también en esa especie de guerra permanente declarada por los indios bravos a los habitantes del norte, no indígenas en su mayoría, estos últimos se han mostrado muy pasivos e indiferentes en la defensa del territorio nacional. Por tanto, lo que estos acontecimientos están revelando, nos hace ver, es la falta de un sentimiento de unión social y de disposición al esfuerzo bélico por parte del pueblo en general. De cualquier manera, los resultados de la guerra de 1847 han sido como un mazazo a la alta autoestima de los mexicanos, sobre todo los criollos,⁷ y una vez más se ha hecho patente la necesidad de reformar a fondo el Ejército, para lo que convendría mucho infundir en los oficiales una mayor formación científica.

Finalmente, lo relativo al nuevo tipo de político mexicano es mencionado en la parte media del capítulo XV, intitulado “La vida en la ciudad”. Ahí recalca Sartorius que estos nuevos políticos tienen su principal campo de acción en el Congreso, donde se oponen a los planes de los oligarcas del “Antiguo Régimen”, portadores del más craso desdén por las innovaciones técnicas o los cambios económicos que puedan representar una amenaza a sus privilegios y prejuicios. Estos políticos jóvenes no son exclusivamente abogados sino también propietarios, profesionistas y funcionarios del gobierno; varios de ellos han estado en el extranjero y saben que las cosas podrían ser diferentes. Frente a la actitud complaciente de los obesos oligarcas conservadores y los bombásticos santanistas, estos jóvenes políticos transmiten una actitud de franqueza y decisión. Muy probablemente considera Sartorius a José María Lafragua como miembro de este grupo, pues este joven ministro ha impulsado la ley de colonización de 1846, aquella que sirve al alemán de documento de base cuando hacia mediados de siglo, durante la estancia en su país natal, promueve la emigración de sus compatriotas a México.⁸

6 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1998, pp. 442-443.

7 Al hablar de la población criolla, Sartorius menciona que la derrota ante Estados Unidos significó una vuelta a la realidad de este grupo de la población, que aún era el dirigente. Véase Sartorius, Carl Christian, *México about 1850*, Stuttgart, Brockhaus Antiquarium, 1961, p. 54. Ésta será la edición que utilizaré en adelante.

8 Medio de esa labor propagandística fue un folleto publicado por Sartorius en alemán y traducido al español como *Importancia de México para la emigración alemana* (México, Tipografía de Vicente G. Torres, 1852) por Agustín S. de Tagle. Este último afirma en su presentación que la suya parece ser la primera traducción hecha por un mexicano de una obra completa en alemán. El original alemán del folleto se publicó en 1850: *México als Ziel für deutsche Auswanderung*, editado en Darmstadt por Reinhold von Auw.

Tras lo expuesto, podemos concluir que la percepción histórica de Sartorius le infunde la conciencia de vivir en una sociedad deseosa de cambios pero impedida hasta entonces para asumir y canalizar las reformas necesarias para la integridad territorial y la modernización económica del país. Esta comprensión de las cosas no sólo parece determinada por lo que le muestra la historia de México sino por su propia experiencia personal y la de Alemania, su país natal. Su experiencia influye, sin duda, en esa simpatía que siente por la nueva generación de políticos mexicanos inconformes y decididos al cambio, pues él mismo se ha visto en una situación parecida durante su juventud. El impacto de la “cuestión alemana” lo identificamos en la coincidencia que se nota entre el principal reto histórico afrontado por ese país y el que Sartorius diagnostica para México: construir un Estado fuerte, dotado de los medios militares y la población adecuada para resguardar su integridad territorial. También se trasluce el bagaje alemán de Sartorius en su atención al factor espacio, patente en la convicción de que la colonización es factor clave para la defensa del suelo nacional y la consecución de una cierta autarquía económica.⁹ Si hubo un tema recurrente entre los geógrafos y los llamados economistas nacionales alemanes de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, fue el de la integridad territorial del Estado alemán unificado (verificado en 1871) y su consecuente grado de independencia económica, interés que resulta comprensible si se atiende al tardío emerger histórico de esta entidad política en el concierto internacional de las potencias.¹⁰

III. EL INDIO, SU CARÁCTER Y SOCIABILIDAD, DENTRO DEL CUADRO SOCIAL MEXICANO

Antes de entrar en el cometido específico de este apartado parece aconsejable aclarar algunas cuestiones bibliográficas sobre la gran obra de Sartorius, *México hacia 1850*. Este escrito fue originalmente publicado en 1852, pero no bajo este título sino con uno diferente: *México. Pai-*

⁹ Esta última meta queda muy patentemente expresada, en relación con México, en la p. 22 de su folleto promotor de la colonización alemana (ed. en español): *México puede cosechar todos los productos del viejo y nuevo mundo, y por lo mismo es enteramente independiente de los demás países*.

¹⁰ En *Paz y guerra entre las naciones. I. Teoría y sociología*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, pp. 242-256, Raymond Aron ilustra sobre las circunstancias históricas y la manipulación psicológica que dio lugar a la ideología geográfica del espacio vital en Alemania.

sajes y bosquejos sobre la vida del pueblo.¹¹ Posteriormente la obra fue reeditada en alemán y en inglés, a veces bajo ese mismo título, otras como *México hacia 1850* o como *México y los mexicanos*. La abundancia de ediciones demuestra que este escrito fue muy difundido.¹² Para efectos del presente estudio he utilizado, como se ha dicho ya, la reedición de Brockhaus Antiquarium, Stuttgart (1961), que es reproducción facsimilar de la versión inglesa publicada por el Dr. Gaspey en Darmstadt, Londres y Nueva York en 1858. En español contamos con la traducción fragmentaria de San Ángel Ediciones (*México y los mexicanos*, México, 1973), así como las completas de Conaculta (*México hacia 1850*, México, 1990) y la del Centro de Estudios de Historia de México de Condumex (*México. Paisajes y bosquejos populares. México y los mexicanos*, México, 1987, reimpresa en 1988).¹³

Sin duda, una de las razones de la popularidad de esta obra radica en las láminas incluidas por Sartorius desde las primeras ediciones, a cargo de su amigo el pintor Johann Moritz Rugendas, quien también residió México en la primera mitad del siglo XIX.¹⁴ Estas ilustraciones, junto con el resto de la obra pictórica de Rugendas, se cuentan entre lo más conocido y apreciado del arte europeo de tema mexicano del siglo XIX. Rugendas había conocido a Sartorius poco después de desembarcar en Veracruz, al visitarlo en su hacienda. En la parte biográfica dedicada a Eduard Mühlentpfordt he mencionado ya las circunstancias en que Rugendas salió del país.¹⁵

Entremos ya en materia y mencionemos aspectos importantes de *México hacia 1850*, libro cuyo origen está en una serie de conferencias dadas por Sartorius en las sociedades geográficas de Darmstadt y Francfort, como él mismo reconoce en su prólogo. Preciso es decir que ya en su

11 Pues esto significa *Mexiko. Landschaftsbilder und Skizzen aus dem Volksleben*, que es como rezaba su título.

12 En la nota introductoria a la edición reciente de esta obra por el Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, de 1988, se mencionan las diversas ediciones en alemán, inglés e incluso sueco (en 1862), aunque curiosamente no se menciona la primera, ya citada en la nota 5 (véase *supra*).

13 De estas ediciones en español la más difundida es la de Conaculta. Con base en ella y la de Condumex he redactado los pasajes en español que se presentarán en el cuerpo de notas, si bien en algunos casos he modificado ligeramente la traducción.

14 Si bien menos tiempo que Sartorius: sólo los años transcurridos entre 1831 y 1834. Sobre el viaje a México de Rugendas, véase Preussischer, Kulturbesitz, *Johann Moritz Rugendas. Malerische Reise in den Jahren 1831-1834*, Berlin, Druckerei Hellmich KG, 1984.

15 Cfr. Covarrubias, José Enrique, "La situación social e histórica del indio mexicano en la obra de Eduard Mühlentpfordt", capítulo cuarto, I, de este libro.

folleto sobre la emigración alemana a México¹⁶ Sartorius había tenido oportunidad de hacer un primer esbozo de la gran obra descriptiva que poco después presentaría al gran público, puesto que ya resumía en él los principales aspectos físicos y morales del país. Además de las diferencias en extensión y profundidad que exhiben ambos escritos (el primero está marcado por una clara intención propagandística), *México hacia 1850* destacará siempre por la lograda correspondencia entre las escenas de la vida descritas por el autor y las que quedaron plasmadas en las láminas del pintor amigo suyo. Aclarada ya la razón de la selección de este último libro como la fuente de información básica del pensamiento de Sartorius, abordemos la temática y estructura de la obra, para luego ahondar en la visión de la población indígena de México desplegada por su autor.

Uno de los rasgos distintivos de *México hacia 1850* es la gran importancia que en él se da al medio físico como escenario de la vida y las actividades de la población mexicana. Esta atención no es exclusiva de Sartorius, pues otros autores extranjeros de esos años, sobre todo alemanes,¹⁷ se mostraron igualmente atentos a la cuestión geográfica. Hay que decir, sin embargo, que el escrito de Sartorius destaca por practicar un abordaje diferente, orientado siempre a mostrar una estrecha correspondencia entre los aspectos físicos y morales del país. Mientras que en un Mühlenpfordt, por ejemplo, la aportación geográfica se concreta en un manejo analítico y monográfico de la información,¹⁸ en Sartorius encontramos un proceder descriptivo claramente sintético donde el paisaje viene a ser una unidad orgánica integradora del elemento humano en sus perfiles materiales y morales.¹⁹ La mera estructura de la obra revela ya esa intención: antes del tratamiento explícito y detallado de los asuntos humanos (capítulos IX a XXV), el autor ofrece una primera parte dedicada a la fisonomía de los paisajes recorridos por un viajero que desembarca en Veracruz y se traslada a la capital de la República. Si bien es cierto que

16 Véase *supra*: nota 8.

17 Así, por ejemplo, Burkart, Josef, *Aufenthalt und Reisen in Mexiko in den Jahren 1825 bis 1834*, Stuttgart, Schweizerbart, 1836, y Mühlenpfordt, Eduard, *Versuch einer getreuen Schilderung der Republik Mejico*, Hannover, C. F. Kius, 1844. Éste último es el *Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, analizado en otra parte de la presente compilación.

18 Es decir, en una tematización por capítulos que separa lo orográfico y lo climático de la relación de las especies animales y vegetales, y todo esto a su vez de la distribución humana en el país.

19 Evidentemente que en esto se hace patente la influencia de la geografía de Humboldt, tan atendida a la fisonomía orgánica que resulta del entrelazamiento peculiar de los elementos naturales en espacios determinados.

esos primeros capítulos contienen alusiones a actividades humanas (cuando se trata de un paisaje habitado), estas observaciones se refieren fundamentalmente a la cultura material reconocible en el paisaje, por lo que ante todo interesan al geógrafo y al etnógrafo. Sólo al finalizar esta primera parte dedicada a los paisajes, entra de lleno el autor en los aspectos humanos, con lo que realiza una transición temática que él mismo resume así:

*in the preceding sketches I have endeavoured to afford some descriptions of the surface of the country. My intention was to offer a view of the soil, on which the various groups of population are met with, in order that the reader might picture to himself the surrounding landscape, when I proceeded to describe the social relations.*²⁰

Preciso es recalcar que, en su descripción de las relaciones sociales, Sartorius volverá a reconocer la importancia del medio físico en la configuración espiritual de los pobladores, por lo que la descripción paisajística de la primera parte será siempre un punto de referencia primordial.

Sin duda, la conciencia y atención deliberada al carácter *social* del contenido de esta segunda parte constituyen uno de los aspectos destacables, si queremos precisar el tipo de tratamiento desplegado por Sartorius respecto a los pobladores. Si de un escrito como el *Ensayo* de Mühlendorff he resaltado la existencia de sistema de conceptos orientados ya al desciframiento del orden social, asumido éste como una forma de organización más amplia que la directamente relacionada con el tipo de gobierno (el orden político), preciso es decir que Sartorius no cede al otro autor en la búsqueda de ese mismo orden. Un abordaje de “lo social” no resulta satisfactorio a Sartorius si antes no se ha tocado lo relativo al escenario físico, y en esto podemos constatar nuevamente cómo la perspectiva sociológica decimonónica ensancha la gama de factores explicativos de la organización colectiva. Pero, independientemente de esto, nótese que en el centro de su atención están las relaciones, es decir las formas de sociabilidad, lo que confiere un carácter dinámico a su descripción, pues no se

20 “En los bosquejos anteriores he tratado de ofrecer una descripción de las distintas regiones del país, menos interesantes quizás para el lector común que para los amigos de las ciencias naturales. Deseaba presentar una perspectiva del paisaje en el que encontraremos a los diferentes grupos de la población con el fin de que el lector pueda formarse una idea del entorno cuando me refiera a las personas y sus relaciones sociales”: Sartorius, Carl Christian, *México about 1850*, pp. 46-47.

queda en una mera enumeración de tipos sociales. El siguiente párrafo, tomado del prólogo a *México about 1850*, aclara bien el sentido en que Sartorius entiende su aportación al mejor conocimiento de la sociedad mexicana:

*my descriptions of the country and the social condition of the inhabitants are not carefully circled off, but are merely placed in groups or families. I am not skilled in systematising, and I have therefore noted down only whatever struck me, and have given this or that in detail, leaving it to the intelligent reader to mark its connection with the whole. My object is to offer a succession of sketches; and there is no dearth of material.*²¹

Las relaciones que hay que precisar serán, pues, las que privan entre estos “grupos o familias”: es decir, las unidades más simples del cuadro social de Sartorius, quien en el pasaje recién citado deja ver que su tratamiento de la población se guiará por ese mismo proceder sintético que ha exhibido en la descripción del medio físico. Más le importa transmitir una impresión general y congruente de la vida en México que ofrecer datos muy precisos y exhaustivos. La alegada “inexperiencia” para efectos de la sistematización repercute así en un libro muy distinto de los hasta entonces aparecidos dentro de la serie extranjera sobre México.²²

Ahora bien, ¿qué repercusión tiene esta marcada orientación sociológica de Sartorius en su tratamiento de la población indígena de México? En primer lugar, importa mucho mencionar que este autor emprende su descripción social desde la propia experiencia, como miembro de una de esas “familias” que componen la sociedad mexicana. Como he señalado

21 “Mis descripciones del país y de la condición social de sus habitantes no se presentan del todo pulidas, pues simplemente retratan grupos o familias. No soy experto en sistematizar y por lo mismo sólo he anotado mis impresiones y expuesto tal o cual detalle, el cual deberá ser integrado al todo por el lector inteligente. Mi propósito es ofrecer una serie de bosquejos y puedo asegurar que para ello no me faltará material”: *ibidem*, p. VII.

22 Y sobre todo contrasta con el de Mühlpenfordt, de cuya tónica erudita y analítica deliberadamente se quiere distanciar este autor, como él mismo lo sostiene al comenzar su libro (*cfr. ibidem*, p. VII): la suya no será una relación exhaustiva de datos geográficos y etnológicos, ni de recetas culinarias, asuntos a los que el primero había dedicado mucho espacio. De cualquier manera, la opinión de Sartorius respecto del *Ensayo* de Mühlpenfordt es positiva (una obra cuidadosamente escrita salvo en los aspectos zoológicos: *cfr. ibidem*, p. 47). También conviene señalar aquí que los bosquejos de Sartorius sobre los tipos sociales y el trato entre éstos se convierten a veces en auténticas escenificaciones de la vida cotidiana, en un proceder parecido al de Lucien Biart en sus obras *La tierra caliente* y *La tierra templada*, aparecidas una década después en francés. En el caso de Biart, sin embargo, la intención literaria lo lleva a dramatizar deliberadamente la atmósfera y algunos personajes descritos.

ya en un estudio previo,²³ la concepción de Sartorius sobre los resortes de la articulación social contrasta con la habitual, que postula jerarquías de prestigio o rango dadas por la riqueza, el oficio o la instrucción. Para él, lo fundamental es la índole moral de los individuos, que indefectiblemente relaciona con la circunstancia de ser o no propietario y la de laborar o no en actividades sanas y productivas. Así, el carácter viril y el gran margen de autonomía personal manifestado por los habitantes del medio rural mexicano, sobre todo los rancheros, impresionan muy favorablemente a este autor, quien como hacendado puede identificarse hasta cierto punto con esa “familia”. Fueron esos agricultores y criadores, por ejemplo, los que durante la guerra con Estados Unidos hicieron difícil la vida al invasor en la región veracruzana, y también fueron ellos quienes más resistencia siguieron mostrando al vicio del juego, tan extendido en otros sectores sociales mexicanos. El siguiente párrafo resume los valores desde los que Sartorius elogia la índole moral de estos hombres del campo:

*the flower of the Mexican population, and that which is healthy and original must be sought for among the agriculturalists. It would be incorrect to say among the peasantry, for these do not exist in the European sense; the class of agriculturalists and graziers who represent them, are far more independent. They live, it is true, by the sweat of their brow; but at the same time entertain the utmost contempt for a town life, for bureaucrats and clerks, or scribblers, as they term them.*²⁴

Como puede verse, la vida en el campo representa para estos hombres una especie de bendición, y nuestro hacendado piensa de manera muy semejante. Un estilo de vida como el urbano le parece abúlico y parasitario. Pero lo que más importa es que, según Sartorius, el diferente perfil moral de los habitantes de uno u otro medio repercute en el tipo de articulación social. El inmigrante no tiene empacho en hablar de la *clase* de los agricultores y ganaderos, cuyo denominador común, insisto, es ese alto nivel moral que resulta de su talante diligente, su condición personal de propie-

23 Cfr. Covarrubias, José Enrique, *Visión extranjera de México, 1840-1867. I. El estudio de las costumbres y de la situación social*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1998, pp. 82-84.

24 “La flor y nata de la población mexicana, la verdaderamente sana y original, debe buscarse entre los agricultores o rancheros. Sería incorrecto decir entre los campesinos, pues éstos no existen en el sentido europeo; la clase de los agricultores y ganaderos de México está formada por individuos mucho más independientes. Es cierto que ganan su pan diario con el sudor de la frente, pero también es cierto que sienten un gran desprecio por la vida en la ciudad, por los burócratas y por los empleados o ‘garrrabateadores’, como suelen llamarlos”: Sartorius, Carl Christian, *México about 1850*, p. 166.

tario (incluso cuando sólo es en pequeña escala) y el contacto continuo con la naturaleza. Tanto va por ahí el pensamiento de Sartorius, que si leemos sus descripciones y comentarios sobre las formas de la vida rural y urbana, no tardamos en notar el convencimiento de que entre un mestizo y un criollo del campo hay más semejanza en el carácter, forma de vida y actuación social, que entre un mestizo rural (ranchero) y uno de la ciudad (lépero). Es claro, entonces, que la tradicional agrupación de tipos mexicanos por la condición étnica se iba abandonando para hacer justicia a otros factores de cohesión y diferenciación, de suerte que las mismas denominaciones de criollo, mestizo e indio adquieren una significación cada vez más social.²⁵

Las consideraciones anteriores eran necesarias como un antecedente básico para poder entender el cuadro presentado por Sartorius sobre la población indígena de México. Ha quedado claro que, si bien basada en una idea de la moral marcadamente personal, la visión del hacendado contiene una orientación sociológica clara y no se reduce a una serie de observaciones subjetivas y casuales, como muy modestamente asume él mismo en su prólogo.²⁶ Lejos de ser así las cosas, el ideario de Sartorius ostenta una clara congruencia en la indagación social e incluso una sistematización relativa de la información que, de ninguna manera, resulta intrascendente cuando se trata de sacar conclusiones. Pero lo más importante es que este autor no se inscribe en ese cientificismo contemporáneo que se presume ajeno a los juicios de valor y alardea de una supuesta objetividad irrefutable por causa de sus métodos “empíricos” o cuantitativos. Este señalamiento es importante, porque las observaciones más concluyentes de Sartorius respecto al carácter y la sociabilidad indígenas nunca dejarían de estar marcadas por esos valores básicos que él exhibe con franqueza y sinceridad. Sólo muy ocasionalmente aparecen por ahí y por allá algunas apreciaciones que prefiguran en algo la pretensión de objetividad científica sustentada en métodos supuestamente empíricos.²⁷

25 Algo semejante he señalado respecto al *Ensayo* de Mühlentpfordt, cuya lectura bien pudo estimular en Sartorius la intención de poner el énfasis en la dinámica de las relaciones sociales.

26 Pues ahí llega a decir que su obra no aportará sino meros ornamentos al gran edificio intelectual dejado por Humboldt en su famoso *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Lo expuesto en este artículo habrá persuadido ya al lector de lo injustificado de esta modestia de Sartorius.

27 Como cuando refiere que la ausencia de una frente “alta y ancha” determina que los indios no experimenten un desarrollo nervioso comparable al de los pueblos caucásicos: *cfr.* Sartorius, Carl Christian, *México about 1850*, p. 64. Observaciones como ésta no dejan de recordar penosamente las teorías racistas que por esos mismos años formulaba el conde de Gobineau.

Comencemos la reseña de la visión de los indios por Sartorius tomando nota del siguiente párrafo, relativo a las formas de sociabilidad de este sector de población:

*the character of the tribes that I had the opportunity of becoming acquainted with, is in general not frank and open, but close, distrustful, and calculating. The Indian does not merely erect this bulwark against the members of another tribe or against the posterity of his oppressors, which would be natural enough; but also against his own people. It lies in his language, his manners, and his history.*²⁸

Los indios tienen además una manera relativamente mecánica de tratarse, nos hace saber el autor en las siguientes líneas. Las mismas mujeres se abstienen de exteriorizar afecto cuando tienen lugar sus encuentros. En lugar de ello, optan por hacer toda una serie de preguntas o comentarios estereotipados. Al solicitar algún servicio, el indígena mexicano muestra siempre una actitud de rodeo y aproximación cautelosa, si no es que ya antes ha preparado la situación mediante el envío de un regalo a través de un tercero. El cálculo y el lenguaje ambiguo caracterizan, pues, a los indios en sus conversaciones, lo que se debe —según Sartorius— a una sempiterna voluntad de obtener siempre la máxima ventaja posible en los tratos. Para decirlo en pocas palabras, son unos verdaderos maestros en crear situaciones confusas o ambivalentes.

Ese hábito de relacionarse mediante el principio del cálculo y el distanciamiento se manifiesta en forma extrema cuando el indio trata con alguien que no forma parte de su comunidad. Entonces ya no sólo se pone de manifiesto su deseo de ventaja, sino también un genuino sentimiento de desprecio por el otro. Este menosprecio es particularmente agudo respecto al mestizo, es decir, aquél que por definición es el hijo bastardo de su hija,²⁹ aunque también se da en las relaciones con los criollos. En un tal cuadro de sentimientos, ya no es el mero espíritu de cálculo lo que resume las relaciones con la población no indígena. El indio es un portento auténtico de astucia, si no de franco orgullo, talante que seguramente repercute en un mayor hermetismo de su parte.

28 “Por lo general el carácter de las tribus que he tenido oportunidad de conocer bien, no es franco ni abierto, sino cerrado, desconfiado y calculador. El indio no sólo erige esta muralla para defenderse contra los miembros de otras tribus y los descendientes de sus opresores, lo cual sería muy natural; sino también contra su propia gente. Esto se percibe en su lengua, sus costumbres y su historia”: *ibidem*, pp. 64-65.

29 *Cfr. ibidem*, p. 88.

Ahora bien, lo que Sartorius se ha propuesto como meta última de su cuadro social es transmitir fundamentalmente las relaciones sociales entre los diversos grupos de México. Los pasajes citados demuestran el estrecho vínculo que en su obra existe entre el tema de las relaciones sociales y el del “carácter”, de todo lo cual surge una imagen muy completa del indígena mexicano. Respecto al carácter, este inmigrante ofrece apreciaciones un tanto contrastantes con las de muchos otros autores extranjeros afanados en la misma tarea descriptiva. Mientras que muchos de éstos —Mühlenpfordt es uno de ellos— ven en el indio un ser grave y melancólico, incapaz de experimentar la auténtica alegría, Sartorius está persuadido de que la realidad es exactamente opuesta, sobre todo si de por medio hay ingestión de pulque. Los siguientes pasajes ilustran sobre el alegre natural de los indios, así como sobre las escenas que surgen en una pulquería capitalina cuando la concurrencia de indios comienza a deleitarse con la bebida mencionada:

*I never saw a gayer people than these Indians among themselves; they chat and jest till late in the night, amuse each other with jokes and puns, play tricks and laugh.*³⁰

*Now the mirth grows boisterous; in some groups the women begin to follow the example of the men; here is a crowd making merry and dancing to the strumming of a jarana (a small stringed instrument), yonder the rising hilarity makes them tender, whole drinking circles embrace each other, lose their equilibrium and fall, to the infinite delight of the others.*³¹

De borracheras como éstas resultan frecuentemente pleitos y desmanes. En las fiestas de los pueblos también los deleites de la bebida constituían la atracción principal, y es que los indios no dejan de aportar pruebas irrefutables de que la diversión era muy importante para ellos. Sartorius asegura que en tales ocasiones demostraban que “les gusta mucho estar en compañía”.³² Por cierto, tanto en la página recién citada

30 “Nunca he visto gente más alegre que estos indios cuando se juntan: suelen charlar y bromear hasta horas avanzadas de la noche, además de que saben divertirse contándose bromas y alburas, jugando trucos y riendo alegremente”: *ibidem*, p. 63.

31 “Ahora aumenta el alboroto; en algunos grupos las mujeres empiezan a seguir el ejemplo de los hombres. Aquí una multitud de gente divirtiéndose y bailando al son de una jarana (un pequeño instrumento de cuerda); acá y acullá, la creciente hilaridad los pone tiernos, al tiempo que entre los diversos círculos de bebedores van surgiendo los abrazos, aunque algunos pierden el equilibrio y caen para regocijo de la concurrencia”: *ibidem*, p. 81.

32 *Ibidem*, p. 76.

como en la del pasaje anterior, el hacendado sostiene que eran las mujeres quienes, alteradas ya por el alcohol, iniciaban los pleitos.

Con base en lo presentado, nada sorprenderá que para Sartorius los indios de México constituyen algo así como “un pueblo dentro del mismo pueblo”.³³ El lector ha podido ya notar que el énfasis de este autor, por lo menos en su capítulo dedicado a los “aborígenes” (aquel del que se han tomado las observaciones previas), recae mucho más en los factores de contraste que en los que pudieran operar como aglutinantes entre los indios y los demás mexicanos. Más adelante, al presentar otras apreciaciones suyas sobre los indios, mostraré cómo Sartorius hace justicia al fenómeno de la síntesis cultural acarreada por la historia, lo que lo llevará a reconocer, si bien en forma implícita, la existencia de procesos cohesionantes entre unos y otros a un nivel profundo.

¿Cuál es, pues, el rasgo que Sartorius considera como más distintivo de la población indígena frente a los otros tipos de mexicanos? Sin duda, esa férrea cohesión que la hace casi totalmente hermética. Ni siquiera en el reclutamiento del clero se logra romper esa unidad, ya que los indios procuran que sólo sean miembros de su comunidad los que se ordenan de sacerdotes para servir en sus pueblos. Por lo que toca a la formación de maestros, para pasar ahora a las tareas del Estado, las cosas son muy parecidas.³⁴ Todo esto llevaría a pensar que de la frase ya citada de “un pueblo distinto dentro del mismo pueblo” podría deducirse la de “un Estado dentro del mismo Estado”. Esto último, sin embargo, sería exagerado, ya que el autor recalca en otra parte la incapacidad indígena para organizarse y hacer valer sus derechos después de tantos años de sometimiento.³⁵ En esto cuenta mucho, asegura, su falta de memoria histórica, además de que su nueva condición de ciudadanos dotados de plenos derechos anula por anticipado todo descontento en ese orden de cosas. Respecto al funcionamiento del ámbito municipal indígena, Sartorius refiere lo mismo que tantos otros observadores extranjeros: la existencia de una aristocracia que gobierna en todos los ámbitos y recibe el acatamiento de la población.

³³ *Ibidem*, p. 81.

³⁴ *Cfr. ibidem*, pp. 67 y 76.

³⁵ *Cfr. ibidem*, p. 66. La cohesión de la comunidad indígena, tal como la presenta Sartorius, se constata ante todo en los pueblos y aldeas específicas y se extiende a veces a las etnias completas. Más allá de estos ámbitos, nos deja ver, prácticamente no existe sentimiento alguno que permita una genuina organización política o de tipo militar. *Cfr.* Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, pp. 322-323.

Antes de hacer una recapitulación general y señalar qué aspecto de la población indígena recalca Sartorius al evaluar su situación como parte de un Estado, brevemente aludo al perfil de los indios desde el punto de vista productivo. Al igual que Mühlenpfordt y otros autores alemanes, Sartorius pone bastante énfasis en la actividad laboral como un asunto central de la cuestión social.³⁶ Sin embargo, no dejan de llamar la atención los pocos méritos que este autor concede a la población indígena dentro del contexto de la producción y el trabajo, no obstante la constante y amplia participación de este sector en el campo.³⁷ En primer lugar importa, para entender esto, el hecho de que la mayoría de los indios se desempeñan en las labores agrícolas y en ello emplean herramientas y métodos anticuados, lo que contrasta frontalmente con las innovaciones técnicas que Sartorius quisiera ver incorporadas a las actividades rurales de México. Pero más allá de ello, de primera importancia es el hecho de que el hacendado no percibe en la población indígena una aplicación de la inteligencia al trabajo que de lejos pueda ser comparable con la exhibida por los mestizos, el sector de la población mexicana que más aprecia.³⁸ Veámos ya lo importante que es para él la condición de propietario y la capacidad de emplearse en las rudas labores agrícolas, ostentando una gran autonomía e iniciativa personales. Pues bien, esto es precisamente lo que extraña entre los indígenas, con su régimen de propiedad común y ese principio de relación social que dicta el desprecio y desinterés hacia quien no pertenece a su comunidad. En términos generales, Sartorius encuentra que la población indígena no conoce la verdadera cultura, si por ésta entendemos una disposición del espíritu que fomenta la voluntad de transformarse, así como la creatividad artística, el gusto por la movilidad y la aplicación del talento individual al trabajo. Que los indios sean tenaces y capaces de realizar labores duras no modifica su preferencia por los mestizos, pues éstos también tienen estas capacidades y además atienden una variedad aún mayor de actividades.³⁹

36 Peter Steinbach, en su prólogo al libro de Riehl, Wilhelm H., *Die bürgerliche Gesellschaft*, Berlin-Wien, Ullstein, 1976, señala las corrientes y circunstancias que influyen en este énfasis en la importancia del trabajo dentro de las interpretaciones sociológicas alemanas de esos años. Destaca, por cierto, la influencia del pensamiento social de raíz hegeliana.

37 Atiéndase también a la enumeración de actividades y producciones indígenas que presenta en Sartorius, Carl Christian, *México about 1850*, pp. 78-79.

38 Considera al mestizo como el “prototipo de las costumbres y peculiaridades nacionales” (*ibidem*, p. 83), y perteneciente sobre todo a “la clase” de los activos propietarios agrícolas y granjeros, así como de los campesinos y pastores dispersos en el gran territorio del país, de quienes dice que forman “el corazón mismo de la nación mexicana” (*ibidem*, p. 87).

39 Cfr. *ibidem*, pp. 87-88.

Sobre la base de lo anterior, saquemos conclusiones acerca de la población indígena como parte del Estado mexicano, según las apreciaciones de Sartorius. Además de esas limitaciones corporales que, con fundamento en “datos científicos”, les atribuye aisladamente, la incompatibilidad entre la forma de sociabilidad indígena y los valores más profundos de Sartorius explica su rechazo del carácter colectivo que preside la generalidad de las actividades y normas de los indios. Aunque consciente de las circunstancias históricas y de los rasgos de carácter que dan razón de esa sociabilidad, su explicación última de este colectivismo es en negativo, si se me permite la expresión, pues lo remite a la mera ausencia de verdadera cultura, tal como la viene concibiendo. Preciso es decir que en otro pasaje de su libro encontramos una aproximación distinta, más etnológica, que rebate la idea de inanidad e impotencia cultural indígena hasta ahora expuesta. Me refiero, en concreto, a sus comentarios sobre el sentido que detecta en algunas de las principales fiestas religiosas de los indios, sobre todo las de todos los santos y de los fieles difuntos. Consciente de que en sus expresiones actuales estos festejos ofrecen un espectáculo de síntesis notable de ritual católico y antiguas prácticas paganas, Sartorius sostiene que:

*the Christian priests suffered these rites to be combined with those of All Souls, and thus the heathen, probably Toltec custom has maintained itself till the present day. The name would lead one to suppose it a gloomy festival, quietly reminding of all the loved ones, whom the earth covers. Neither the Indian nor the Mestizo knows the bitterness of sorrow; he does not fear death. The departure from life is not dreadful in his eyes, he does not crave for the goods he is leaving, and has no care for those who survive him, who have still the fertile earth, and the mild sky.*⁴⁰

Patente es, pues, que el hacendado reconoce ahora una transmisión de la cultura y mentalidad indígenas al resto de la población (los mestizos), y esto en un aspecto tan importante como la actitud ante la muerte y el sen-

40 “Los sacerdotes cristianos aceptaron que estos ritos se combinaran con las ceremonias de todos los santos, y de esta suerte se ha mantenido hasta el presente día la costumbre pagana, probablemente de origen tolteca. Por el nombre —todos los santos— podría pensarse que se trata de una festividad lúgubre, dedicada a recordar a los seres amados que ya reposan. Pero la verdad es que ni el indio ni el mestizo conocen la plena amargura de la pena ni experimentan temor alguno ante la muerte. La partida de este mundo no representa un terror para quienes, como ellos, albergan tan poco apego a los bienes terrenales y tan poca preocupación por la suerte de sus supervivientes, que al cabo seguirán gozando de una tierra fértil y un cielo dulce”: *ibidem*, p. 163.

timiento hacia los difuntos. Sucede así que el propio Sartorius nos brinda elementos para relativizar sus apreciaciones previas sobre el carácter monótono, cerrado y estéril de las culturas indígenas. En contraste con la falta de creatividad y sensibilidad que les ha atribuido antes, resulta que ciertos elementos de la cultura indígena se muestran lo suficientemente recios y creativos como para impregnar los hábitos y la psicología de grupos sociales en los que el hacendado reconoce un más alto nivel cultural. La causa de esta aparente inconsecuencia de Sartorius, estimo, reside en una contradicción intrínseca a su ideario y no en la realidad observada. No es, pues, que la sociedad retratada albergue esa contradicción. Frente a una primera noción de cultura marcada por el individualismo occidental, Sartorius esgrime ahora una distinta, más atendida a la relación del hombre con la naturaleza, aspecto al que atribuye la función de moldear en grado importante las mentes de los pueblos. Esto último lo afirmo en función del sentido que el propio hacendado reconoce en esa herencia cultural tolteca que se manifiesta en la celebración de la fiesta de muertos en México: un sentimiento de vínculo religioso con la naturaleza, elemento que la generalidad de los indios mexicanos preserva y que se manifiesta en la prioridad que conceden a los arreglos florales como ornamentación religiosa. Esta conciencia de que las fiestas pueden preservar un sentimiento pagano de la naturaleza se agudiza, por cierto, en el pensamiento alemán de la época de Sartorius y no es disociable de la atención que por entonces comienza a concederse a las costumbres e historia de los germanos.⁴¹ De cualquier manera, insisto, lo relevante es que Sartorius se ve obligado a reconocer aquí la existencia de un elemento cultural aportado desde la tradición indígena, que tiene influencia en la conformación del carácter nacional: en este caso el talante con que se enfrenta la muerte.

¿Qué evolución espera Sartorius en cuanto a la situación de los indígenas y al vínculo entre éstos y el resto de la población mexicana? Este cuestionamiento está íntimamente relacionado con otro, no menos importante en un autor tan consciente de las debilidades del Estado en México: ¿cuál es la tarea más urgente y necesaria para garantizar la integridad te-

41 Y es interesante notar que, en varios pasajes de su libro, Sartorius establece paralelos entre las creencias de las naciones germanas y las de los indios mexicanos respecto de la naturaleza: por ejemplo, *cfr. ibidem*, pp. 73 y 161. En cuanto al interés creciente por los antiguos germanos que menciono, el lector sólo tiene que recordar a autores como Treitschke o Nietzsche, quienes a fines del siglo XIX habían hecho del punto un tópico recurrente.

ritorial y la máxima autonomía económica posible del país? La respuesta a esta segunda pregunta es fácil de formular a partir del principal afán que mueve a Sartorius en su país de adopción. Para él, lo más importante es fomentar la colonización de un territorio que todavía puede albergar a una población mucho más numerosa que la existente. Pero a este respecto su opinión sobre las capacidades de los indios es pobre. La población indígena se muestra reacia a dejar sus formas comunitarias y a emprender la colonización de las grandes zonas poco habitadas. Para esta última empresa, los criollos y sobre todo los mestizos exhiben una disposición mucho mayor, y Sartorius espera que también en Europa —sobre todo en Alemania— surja un interés significativo por la colonización y la explotación del país iberoamericano.⁴² En una línea de reflexión geográfica similar a la de Alexander von Humboldt, Carl Ritter, Oskar Peschel y Friedrich Ratzel, Sartorius entiende que la fuerza y el rango internacional de un Estado no sólo depende de sus ventajas geográficas, sino también del grado de desarrollo de cultura (material y espiritual) de sus habitantes. Así, para él lo prioritario es la conquista del territorio mediante una colonización llevada a efecto por hombres industriosos, independientes y orgullosos de vivir en un país dotado de una fisonomía natural única y una organicidad social notable.⁴³ Sartorius no se hace muchas ilusiones respecto a que los indios puedan entender este magno designio de colonización e ilustración geográfica. No propone, sin embargo, desposeerlos o someterlos a alguna especie de reclusión o trasplante forzoso para fines de ocupación territorial. La increíble variedad paisajística del país, junto con la prolongada convivencia de una población diversificada dentro del mismo, infunden a este autor el convencimiento de que cualquier tipo humano tiene cabida en México. No haríamos bien en desestimar, sin embargo, su convicción igualmente fuerte de que una sociedad sana no puede albergar nunca miras divergentes de las del interés de Estado. Esto último vale, por lo menos, para sus ideas acerca del poblamiento y la integridad del territorial nacional.

42 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, pp. 248-257.

43 En el último capítulo de su libro, Sartorius muestra cómo la minería articula los distintos sectores económicos de México, en lo que ve confirmada la ley del vínculo orgánico de todas las sociedades: cfr. Sartorius, Carl Christian, *México about 1850*, p. 202.